

LA MUJER ABANDONADA

Á LA SEÑORA DUQUESA DE ABRANTES

Su afectísimo servidor,

HONORATO DE BALZAC

Al principio de la primavera del año 1822, los médicos de París enviaron á la baja Normandía á un joven que empezaba á contraer una enfermedad inflamatoria causada por algún exceso de estudio ó de vida. Su convalecencia exigía reposo absoluto, alimento sano, aire frío y la ausencia total de sensaciones extremas. Por esta razón, parecieron buenos para su restablecimiento los vastos campos del Bessin y la sencilla vida de provincia. En su consecuencia, dicho joven se fué á Bayeux, bonita villa situada á dos leguas del mar, á casa de una prima suya, que le acogió con esa cordialidad propia de la gente acostumbrada á vivir en el retiro, para la cual la llegada de un pariente ó de un amigo es una verdadera dicha.

Con escasas diferencias, todos los pueblos se parecen. Después de varias veladas pasadas en casa de su prima, la señora de Saint-Severe, ó en casa de las personas que componían sus relaciones, este joven parisiense, llamado el barón Gastón de Nueil, hizo conocimiento muy pronto con todas las gentes que aquella sociedad exclusiva consideraba que eran toda la villa. Gastón de Nueil vió allí el personal inmutable que todos los observadores encuentran en las numerosas capitales de aquellos antiguos estados que formaban la Francia de antaño.

Se encontraba allí, en primer término, la familia cuya nobleza, desconocida cincuenta leguas más allá, pasa en el departamento por incontestable y de la mayor antigüedad. Esta especie de *familia real* está aliada, sin que nadie lo sospeche siquiera, con los Navarreins y los Grandlieu, y emparentada con los Cadifán y los Blamont-Chauvry. El jefe de esta raza ilustre es siempre un cazador determinado. Hombre de malos modales, abrumba á todo el mundo con su superioridad nominal; tolera al subprefecto, como tolera el impuesto; no admite ninguno de los nuevos poderes creados en el siglo XIX, y hace observar, como si se tratase de una monstruosidad política, que el primer ministro no es noble. Su mujer usa un tono mordaz, habla muy alto, ha tenido adoradores, y hoy educa mal á sus hijos y cree que han de ser siempre ricos con su solo nombre. La mujer y el marido no tienen idea alguna del lujo actual: conservan aún las antiguas libreas, la antigua vajilla y cubiertos, los muebles antiguos, los coches antiguos, y hacen lo propio con el lenguaje y las costumbres. Este antiguo fasto está, por otra parte, en perfecta armonía con la economía de provincias. En una palabra, que, aparte los derechos feudales y las casacas galonadas, son los hidalgos de antaño, llenos de honores entre ellos y adictos á príncipes que no ven más que á larga distancia. Esta incógnita é histórica casa posee toda la originalidad de un tapiz antiguo. En la familia vegeta infaliblemente un tío ó un hermano, teniente general, condecorado y cortesano, que ha ido á Hanovre con el mariscal de Richelieu, y al cual os encontráis allí como si fuese una hoja perdida de un libelo del tiempo de Luis XV.

A esta familia fósil se opone otra más rica, pero de más moderna nobleza. El marido y la mujer van á pasar dos meses del invierno á París, trayendo consigo el tono fugitivo y las pasiones efímeras de esta ciudad. La señora es elegante, pero un tanto afectada y atrasada de modas. Sin embargo, se burla de la ignorancia simulada por sus vecinos: su mobiliario es moderno, y tiene lacayitos negros, y un ayuda de cámara. Su hijo mayor tiene un tilburi, no hace nada y posee un mayorazgo; y el menor es auditor en el Consejo de Estado. El padre, que está muy al tanto de las intrigas del ministerio, cuenta anécdotas de la señora de Cayla y de Luis XVIII; coloca al *cinco por ciento*; evita la conversación sobre la sidra, pero incurre aún á veces en la manía de rec-

tificar la cifra de las fortunas de la comarca; es miembro del Consejo general; se viste en París, y lleva la cruz de la Legión de honor. En una palabra, que este noble hidalgo ha comprendido la Restauración, y figura en el Congreso; pero su realismo es menos puro que el de la familia con que rivaliza, la cual no lee más que el *Cotidiano*, mientras que él recibe la *Gaceta* y los *Debates*.

El señor obispo, antiguo vicario general, flota entre estas dos potencias, que le tributan los honores debidos á la religión, pero que le hacen sentir á veces la moral que el buen La Fontaine ha descrito al final del *Año cargado de reliquias*. El pobre hombre es plebeyo.

Después vienen los astros secundarios, los hidalgos que gozan de diez á doce mil francos de renta, y que han sido capitanes de navío ó capitanes de caballería, ó nada. Caballeros en su caballo, ocupan el término medio entre el cura que lleva los sacramentos y el recaudador de contribuciones. Casi todos han estado al servicio de las armas ó del gobierno, y acaban apaciblemente sus días en aquel rincón, más ocupados en el cultivo de los bosques ó de la sidra, que de la monarquía. Sin embargo, hablan del presupuesto y de los liberales, entre dos vasos de whist ó durante una partida de chaquete, después de haber calculado dotes y arreglado matrimonios, teniendo siempre en cuenta las genealogías que se saben de memoria. Sus mujeres se hacen las orgullosas y se dan aire de grandes señoras en su cabriolé de junco; creen ir muy elegantes cuando llevan un chal y una capota; compran anualmente dos sombreros, los cuales vienen de París, de lance, después de maduras deliberaciones, y son generalmente virtuosas y charlatanas.

Alrededor de estos elementos principales de la aristocracia, se agrupan dos ó tres solteronas de calidad, que han resuelto el problema de la inmovilización de la criatura humana. Parecen estar incrustadas en las casas en que las veis: sus rostros, sus tocados, forman parte del inmueble, del pueblo, de la provincia, y ellas son su tradición, su memoria, su espíritu. Todas tienen algo de rígido ó de monumental; saben sonreír y menear la cabeza con oportunidad, y, de vez en cuando, dicen frases que pasan por graciosas.

Gracias á sus opiniones aristocráticas ó á sus fortunas, algunos plebeyos ricos han logrado meter la cabeza en este pequeño arrabal Saint-Germain. Pero, á pesar de sus cua-

renta años, allí todo el mundo dice de ellos: «¡Fulanito piensa bien!» y algunos salen diputados. Generalmente están protegidos por las solteronas, cosa que da mucho que hablar.

Finalmente, gracias á su estola ó porque son graciosos, dos ó tres eclesiásticos son recibidos en aquella distinguida sociedad de nobles, la cual, al verse aburrida, se decide á introducir el elemento plebeyo en sus salones como el panadero le pone levadura á la masa.

La suma de inteligencia que forman todas aquellas cabezas se compone de una cierta cantidad de ideas rancias, á las cuales se añaden algunos pensamientos nuevos que se forjan en común todas las noches. Semejantes al agua de una pequeña ensenada, las frases que representan estas ideas tienen su flujo y reflujo cotidiano y su oleaje perpetuo, igualmente semejante, y el que oye hoy su vacío sonido, lo oirá mañana, dentro de un año, siempre. Sus sentencias, dictadas de una manera inimitable sobre las cosas de aquí abajo, forman una ciencia tradicional, á la que ninguno tendría poder para añadirle una gota de gracia. La vida de estas personas rutinarias está limitada á una esfera de costumbres tan inmutables como lo son sus opiniones religiosas, políticas, morales y literarias.

Cuando un forastero es admitido en este cenáculo, todo el mundo le dice, no sin cierta ironía: «Aquí no encontrará usted el brillo y la gracia de vuestra sociedad parisiense», y todo el mundo condena el género de vida de sus vecinos, procurando hacer creer que es una excepción en aquella sociedad, cuya renovación ha intentado en vano. Pero si, por casualidad, el forastero confirma con alguna frase la opinión que aquella gente tiene mutuamente de sí misma, pasa ya por un malvado, sin fe ni ley, por un parisiense corrompido, como lo están generalmente todos los parisienses.

Cuando Gastón de Nueil apareció en aquel pequeño mundo, donde la etiqueta se observaba perfectamente, donde todo estaba en armonía, donde todo era claro como la luz del día, donde los valores nobiliarios y territoriales estaban determinados como lo están los fondos de la Bolsa en la última página de los periódicos; cuando Gastón de Nueil, repito, apareció allí, estaba ya pesado de antemano en las infalibles balanzas de la opinión bayesana. Su prima, la señora de Saint-Severe, había dicho ya la cifra á que ascendía su fortuna, la de sus esperanzas, y había exhibido su árbol

genealógico y alabado sus conocimientos, su cortesía y su modestia. Fué objeto de la acogida que le correspondía y aceptado sin cumplidos, como un buen noble, porque no tenía más que veintitrés años. Sin embargo, ciertas jóvenes y algunas madres de familia lo miraron con buenos ojos al saber que poseía diez y ocho mil francos de renta en el valle de Auge, y que, tarde ó temprano, tenía que dejarle su padre el palacio de Manerville con todas sus dependencias. No se trató para nada de su instrucción, de su porvenir político, de su valor personal ni de su talento. Sus tierras eran buenas y los cortijos estaban bien asegurados; se habían hecho en ellos excelentes plantaciones, y las reparaciones y los impuestos corrían á cargo de los cortijeros; los manzanos tenían treinta y ocho años, y, finalmente, su padre estaba en tratos para comprar doscientas fanegas de bosque contiguas á su parque, que quería rodear de muros: ninguna esperanza política ni ninguna celebridad humana podía luchar contra tales ventajas. Fuese por malicia ó por cálculo, es lo cierto que la señora de Saint-Severe no había hablado del hermano mayor de Gastón, y éste no había dicho tampoco una palabra. Dicho hermano estaba tísico, y era muy probable que hubiese de ser muy pronto enterrado, llorado y olvidado. Gastón de Nueil empezó por divertirse con aquellos personajes, dibujando, por decirlo así, sus rostros en su álbum, y reproduciendo en él sus fisonomías angulosas, ganchudas, arrugadas, y la graciosa originalidad de sus trajes y de sus muecas; se deleitó con los organismos de su idioma y con lo primitivo de sus ideas y de sus caracteres. Pero después de haber hecho, durante algunos días, aquel género de vida, semejante á la de ardilla ocupada en dar vueltas en su jaula, sintió la ausencia de los contrastes y de las emociones en medio de aquella vida rutinaria como la de los religiosos en sus claustros, y sufrió una crisis que no era aburrimiento ni cansancio, pero que producía todos los efectos de estos dos estados. Después de los ligeros sufrimientos de esta transición, se verifica en el individuo el fenómeno de su transplatación á un terreno que le es contrario, donde tiene que atrofiarse y hacer una vida raquítica. En efecto, si no hay nada que lo saque de ese mundo, acaba por adoptar insensiblemente sus costumbres y por entregarse á una existencia sin aspiraciones, que acaba por anularle. Los pulmones de Gastón empezaban ya á acostumbrarse á aquella atmós-

fera. Dispuesto á reconocer una especie de dicha vegetativa en aquellos días, pasados sin cuidados y sin ideas, empezaba á perder el recuerdo de aquel movimiento y de aquella fructificación constante de los espíritus á que tan ardentemente se había acostumbrado en la esfera parisiense, é iba á petrificarse entre aquellas petrificaciones y á vivir siempre allí, contento con su tosca envoltura como los compañeros de Ulises. Una noche, Gastón de Nueil se encontraba sentado entre una anciana dama y uno de los vicarios generales de la diócesis, en un salón con zócalo de madera pintado de gris y con las paredes divididas en testeros cuadrados, adornados con algunos retratos de familia. Cuatro mesas de juego, colocadas en medio, mantenían en torno suyo á diez y seis personas, que charlaban y jugaban sin pensar más que en digerir una de esas exquisitas comidas que constituyen casi el único goce de los pueblos. Gastón, que reflexionaba sobre aquella escena, empezó á comprender las costumbres del país y á concebir que aquellas gentes usasen las cartas de la víspera, que las barajasen sobre tapetes usados, y que no vistiesen ni para ellos mismos ni para los demás. Encontraba no sé qué filosofía en el movimiento uniforme de aquella vida rutinaria, en la tranquilidad de aquellas costumbres lógicas y en su ignorancia de las cosas elegantes. Por fin, llegó á comprender hasta la inutilidad del lujo. La ciudad de París, con sus pasiones, sus borrascas y sus placeres, no existía ya en su mente más que como un recuerdo de la infancia. Admiraba de buena fe las manos encarnadas y el aire modesto y tímido de una joven que al principio le había parecido que tenía la cara estúpida, los modales sin gracia y la fisonomía soberanamente ridícula. Comparando la provincia con París, iba á pasar de nuevo á pensar en la fría vida de provincias, á no ser por una frase que le llamó la atención y le produjo una emoción semejante á la que le hubiera causado algún motivo original en medio de los acompañamientos de una ópera aburrida.

—¿No fué usted á ver ayer á la señora de Beausseant?—dijo una anciana al jefe de la casa principal del país.

—Fué esta mañana—respondió éste.—Pero la encontré tan triste y tan delicada, que no pude lograr que se decidiese á venir á comer mañana con nosotros.

—¿Con la señora de Champignelles?—exclamó la noble viuda manifestando una especie de sorpresa.

—Sí, con mi mujer—dijo tranquilamente el hidalgo.—¿No pertenece acaso á la casa de Borgoña la señora de Beausseant? Es verdad que pertenece por la rama femenina; pero, en fin, de todos modos, el hecho de llevar ese nombre lo borra todo. Mi mujer ama mucho á la vizcondesa, y esta pobre mujer está hace tanto tiempo sola, que...

Mientras decía estas palabras, el marqués de Champignelles miró con aire tranquilo á las personas que le examinaban y le escuchaban; pero fué casi imposible adivinar si hacía una concesión á la desgracia ó á la nobleza de la señora de Beausseant, si le halagaba recibirla, ó si quería lograr que los hidalgos del país y sus mujeres fuesen á visitarla.

Todas las damas parecieron consultarse dirigiéndose una mirada, y como el silencio más profundo se hubiese producido de pronto en el salón, su actitud fué considerada como un indicio de desaprobación.

—Esa señora de Beausseant ¿es, por casualidad, aquella que tuvo una aventura, que hizo mucho ruido, con el señor de Ajuda-Pinto?—preguntó Gastón á la persona que estaba á su lado.

—La misma—le respondieron.—Después del casamiento del marqués de Ajuda, vino á vivir á Courcelles; pero aquí nadie la recibe. Por otra parte, tiene demasiado talento para no comprender la falsedad de su posición, y no ha intentado ver á nadie. El señor de Champignelles y algunos hombres se han presentado en su casa; pero sólo ha recibido al señor de Champignelles, que es pariente suyo por parte de los Beausseant. El marqués de Beausseant padre se casó con una Champignelles de la rama mayor. Aunque la vizcondesa de Beausseant pasa por descender de la casa de Borgoña, ya comprenderá usted que no podemos admitir aquí á una mujer separada de su marido. Son éstas ideas antiguas, á las cuales cometemos la tontería de permanecer fieles. La vizcondesa ha obrado tanto peor en sus escapadas, cuanto que el señor de Beausseant es un hombre galante, un cortesano, que hubiese atendido á razones; pero su mujer es una loca.

El señor de Nueil, aunque oía la voz de su interlocutora, no la escuchaba ya. Estaba absorbido por una multitud de ideas fantásticas, pues no existe otra palabra para expresar los atractivos de una aventura en el momento en que sonríe á la imaginación y en que el alma concibe vagas esperanzas

y presente inexplicables felicidades, temores y acontecimientos, sin que nada alimente ni fije aún los caprichos de esta ilusión. Entonces, el espíritu revolotea, engendra proyectos imposibles y da germen á las felicidades de una pasión. Pero acaso el germen de la pasión contiene á ésta por completo, como la semilla contiene á la hermosa flor con sus perfumes y sus ricos olores. El señor de Nueil ignoraba que la señora de Beausseant se hubiese refugiado en Normandía después de haber tenido una fama que la mayor parte de las mujeres envidian y condenan, sobre todo cuando las seducciones de la juventud y de la belleza justifican casi la falta que la ha originado. Toda clase de celebridad, sea cualquiera su causa, encierra un prestigio inconcebible. Como ocurría antes en las familias, parece que en las mujeres la gloria de un crimen borra su vergüenza. Del mismo modo que tal casa se enorgullece con los miembros de ella que perdieron su cabeza en el patíbulo, una mujer joven y bonita pasa á tener mayores atractivos con la fatal celebridad de un amor feliz ó de una espantosa traición. Cuanto más digna de lástima es, más simpatías excita. Regla general, nosotros sólo somos implacables para las cosas y para los sentimientos y las simpatías vulgares. Atrayendo las miradas, parecemos grandes. En efecto, ¿no es preciso elevarse por encima de los demás para ser visto? La multitud experimenta involuntariamente un sentimiento de respeto por todo el que se hace grande, sin preguntar los medios de que se ha valido para ello. En aquel momento, Gastón de Nueil se sentía inclinado hacia la señora de Beausseant por la secreta influencia de estas razones, ó acaso por su curiosidad, por la necesidad de dar algún interés á su vida actual, ó por ese cúmulo de circunstancias imposibles de enumerar y á las que se le da frecuentemente el nombre de *fatalidad*. La vizcondesa de Beausseant había surgido de pronto ante él, acompañada de una multitud de atractivas imágenes: aquella mujer era un mundo nuevo, y á su lado acaso hubiese algo que temer, que esperar, que combatir ó que vencer. Aquella mujer debía diferir mucho de las personas que Gastón veía en aquel mezquino salón; en una palabra, que debía ser una mujer, cosa que no había encontrado aún en aquel mundo frío, donde los cálculos reemplazaban á los sentimientos, donde la cortesía estaba reducida á deberes y donde había que mirarse mucho para aceptar ó emitir las ideas más sencillas. La señora de Beau-

seant despertaba en su alma el recuerdo de sus sueños de joven y de sus pasiones más vivas, adormecidas hacía algún tiempo. Gastón de Nueil permaneció pensativo durante el resto de la velada, buscando el medio de introducirse en casa de la señora de Beausseant, medio que, á decir verdad, no veía. Aquella pasaba por ser muy lista y graciosa. Pero si las personas de talento pueden dejarse seducir por las cosas originales, son en cambio muy exigentes, saben adivinarlo todo, y hay tantas probabilidades de salir airoso como vencido en la difícil empresa de agradarles. Por otra parte, la vizcondesa debía unir al orgullo de su situación la dignidad que su nombre le imponía. La soledad profunda en que vivía parecía ser la barrera más insignificante que existía entre ella y el mundo. De modo que era casi imposible que un desconocido, por buena familia á que perteneciese, lograra entrar en su casa. Sin embargo, al día siguiente por la mañana, el señor de Nueil encaminó sus pasos hacia el pabellón de Courcelles, y dió varias vueltas alrededor de la cerca que lo rodeaba. Animado por las ilusiones propias de su edad, miraba á través de las brechas ó por encima de las paredes, permanecía en contemplación ante las persianas cerradas ó examinaba las que estaban abiertas. Esperaba una casualidad cualquiera para lograr introducirse en casa de la desconocida. Se paseó así durante muchas mañanas, aunque infructuosamente, y en cada uno de sus paseos, aquella mujer, alejada del mundo, víctima del amor, sumida en profunda soledad, se agrandaba á sus ojos y se iba apoderando de su alma. Por eso el corazón de Gastón latía de esperanza y de alegría cuando, paseando á lo largo de los muros de Courcelles, oía los pasos de algún jardinero.

Ya se le había ocurrido escribir á la señora de Beausseant. Pero ¿qué decir á una mujer á quien no se ha visto ni se conoce? Por otra parte, Gastón desconfiaba de sí mismo, y, como la mayor parte de los jóvenes llenos aún de ilusiones, temía más que la muerte los terribles desprecios del silencio, y temblaba ante la sola idea de que su primera prosa amorosa fuese arrojada al fuego. Era presa de mil ideas contrarias que combatían en su interior. Pero, por fin, á fuerza de engendrar quimeras, de componer novelas y de devanarse los sesos, encontró una de esas felices estrategias que acaban por encontrarse siempre entre las muchas que se sueñan, y que revelan á la mujer más inocente la extensión

de la pasión con que un hombre se ha ocupado de ella. Con mucha frecuencia, las extravagancias sociales levantan tantos obstáculos reales entre una mujer y su amante, como los que los poetas orientales describen en sus deliciosos cuentos. En la naturaleza, como en el mundo de las hadas, la mujer tiene que pertenecer siempre á aquel que sabe llegar hasta ella y que sabe librarla de la aburrida situación en que se encuentre. El ciudadano más pobre que se enamora de pronto de la hija de un califa, no está ciertamente á mayor distancia de la que se encontraba Gastón de la señora de Beausseant. La vizcondesa vivía en una ignorancia absoluta de las vueltas que daba en torno de ella el señor de Nueil, que dotaba á su improvisada querida con todos los atractivos que posee una cosa lejana, y cuyo amor crecía con la grandeza misma de los obstáculos que había que franquear.

Un día, confiando en su inspiración, lo esperó todo del amor que debía brotar de sus ojos. Creyendo que la palabra había de ser más elocuente de lo que pudiera serlo la carta más apasionada, se fué á casa del señor de Champignelles, proponiéndose emplear su amistad para obtener el logro de sus deseos. Dijo al hidalgo que tenía que dar un encargo importante y delicado á la señora de Beausseant; pero como no sabía si ésta leía ó no las cartas de letra desconocida, ó si concedería su confianza á un extraño, le rogaba que preguntase á la condesa, en la primera visita que le hiciese, si tendría inconveniente en recibirle. Al mismo tiempo que rogaba al marqués que guardase silencio en caso de negativa, le suplicaba que no dejase de recomendarle á la vizcondesa. ¿No era él un hombre de honor, leal é incapaz de prestarse á una cosa de mal gusto? El orgulloso hidalgo, cuya vanidad quedó satisfecha, fué víctima de esa diplomacia del amor que infunde á un joven todo el aplomo y el disimulo de un viejo embajador. Procuró adivinar los secretos de Gastón; pero éste opuso frases normandas á las diestras interrogaciones del señor de Champignelles, el cual, como caballero francés, acabó por darle la enhorabuena por su discreción.

Inmediatamente corrió el marqués á Courcelles, con esa prisa que se da la gente de cierta edad para hacer un favor á las mujeres bonitas. En la situación en que se encontraba la vizcondesa de Beausseant, un mensaje de aquella índole no tenía más remedio que despertar su curiosidad. Así es

que, aunque consultando sus recuerdos no hubiese podido dar con el motivo que pudiese llevar al señor de Nueil á su casa, no vió ningún inconveniente en recibirle, si bien después de haberse enterado de su posición social. No obstante, había empezado por negarse; después había discutido este punto de conveniencia con el señor de Champignelles, interrogándole, para tratar de adivinar si sabía el motivo de aquella visita; después había vuelto á negarse, y la discusión y la discreción obligada del marqués acabaron por fin de despertar vivamente su curiosidad.

El señor de Champignelles, no queriendo aparecer ridículo, pretendía, como hombre instruído y discreto, que la vizcondesa debía conocer perfectamente el objeto de aquella visita, á pesar de que ella trataba de indagarlo de buena fe, sin lograr encontrarlo. La señora de Beausseant suponía que debían existir relaciones entre Gastón y gente á quien no conocía; se perdía en absurdas hipótesis y se preguntaba á sí misma si había visto alguna vez al señor de Nueil. La carta amorosa más sincera ó más hábil no hubiese producido seguramente tanto efecto como aquella especie de enigma sin solución, del que la señora de Beausseant se ocupó mucho tiempo.

Cuando Gastón supo que podía visitar á la vizcondesa, fué presa á la vez de la alegría de obtener tan pronto una dicha ardientemente deseada y de la molestia y embarazo de tener que buscar un desenlace para su astucia.

—¡Bah! voy á verla — repetía al mismo tiempo que se vestía, — y eso es para mí lo principal.

Cuando franqueaba ya la puerta de Courcelles, esperaba encontrar un medio de desatar el nudo gordiano que él mismo había formado. Gastón era del número de los que, creyendo en la omnipotencia de la necesidad, marchan siempre adelante, y cuando llegan frente al peligro se inspiran ó se procuran fuerzas para vencer. Puso un esmero particular en vestirse y arreglarse; pues, como todos los jóvenes, se imaginaba que su éxito dependía de un bucle bien ó mal colocado, olvidando que en la juventud todo son encantos y atractivos y que las mujeres distinguidas, como la señora de Beausseant, no se dejan seducir más que por las gracias del espíritu y por la superioridad del carácter. Un gran carácter halaga su vanidad, les promete una gran pasión y les parece que ha de admitir las exigencias de su corazón.

El talento las divierte, responde á las delicadezas de su naturaleza y se creen comprendidas. Ahora bien, ¿qué desean todas las mujeres sino ser comprendidas, divertidas ó adoradas? Pero es preciso haber reflexionado mucho sobre las cosas de la vida, para adivinar la elevada coquetería que supone la negligencia del traje y la reserva del talento en una primera entrevista. Cuando llegamos á ser bastante astutos para ser hábiles polticos, somos ya demasiado viejos para aprovecharnos de nuestra experiencia. Mientras que Gastón desconfiaba de su talento y se procuraba seducciones en su vestido, la señora de Beausseant hacía lo contrario, y se decía al mismo tiempo que se peinaba:

—Sin embargo, no quiero ponerme tan rara que vaya á causar miedo.

El señor de Nueil tenía en su carácter, en su persona y en sus modales ese gracejo original que dan una especie de sabor á los gestos y á las ideas ordinarias y que permite decirlo y hacerlo todo. Era instruido, penetrante y de fisonomía alegre y expresiva. Sus ojos respiraban pasión y ternura, y su corazón, esencialmente bueno, no los desmentía. La resolución que tomó al entrar en Courcelles estaba, pues, en armonía con la naturaleza de su carácter franco y de su imaginación ardiente. A pesar de la intrepidez del amor, no pudo evitar una violenta palpitación cuando, después de haber atravesado un gran patio, llegó á una sala donde un criado le preguntó su nombre, desapareciendo y volviendo á presentarse para introducirlo en la sala anunciándolo de esta suerte:

—¡El señor barón de Nueil!

Gastón entró lentamente, pero con gracia, cosa más difícil aún en un salón donde no hay más que una mujer, que no en aquel donde haya veinte. En el ángulo de la chimenea, donde, á pesar de la estación, ardía un gran fuego, y sobre la cual se veían dos candelabros encendidos, percibió á una mujer joven sentada en una poltrona moderna de respaldo muy levantado, y cuyo asiento bajo le permitía dar á su cabeza posturas variadas llenas de gracia y de elegancia, inclinarla y levantarla lánguidamente como si fuese un pesado fardo, y cruzar los pies, sacarlos ó meterlos bajo los anchos pliegues de una bata negra. La vizcondesa quiso colocar el libro que leía sobre una mesa redonda; pero como hubiese vuelto la cabeza al mismo tiempo hacia el señor de

Nueil, el libro, mal colocado, cayó en el espacio que separaba la mesa de la poltrona. Sin parecer sorprendida por este incidente, se irguió y se inclinó como para responder al saludo del joven, pero de una manera imperceptible y casi sin levantarse del asiento, donde su cuerpo permaneció inmóvil. Se inclinó para adelantar la poltrona, removió vivamente el fuego, y después se bajó, recogió un guante que se había caído y que se puso con negligencia en la mano izquierda, buscando el otro con una mirada prontamente reprimida, pues, con su mano derecha, mano blanca, casi transparente, sin sortijas, delgada, de dedos afilados y de rosáceas uñas, mostró una silla como para decir á Gastón que se sentase. Cuando su desconocido huésped estuvo sentado, volvió la cabeza hacia él con un movimiento interrogatorio cuya firmeza no podía describirse, pues pertenecía á esa clase de graciosos gestos que sólo se adquieren con la educación primera y el hábito constante de las cosas de buen gusto. Estos movimientos multiplicados se sucedieron rápidamente en un instante, y encantaron á Gastón por esa mezcla de cuidado y abandono que tenían, mezclas que una mujer hermosa sabe añadir á los modales aristocráticos. La señora de Beausseant contrastaba bastante con los autómatas, entre los cuales vivía Nueil hacía dos meses, para que no le personificase á la mujer de sus sueños. Por eso no podía comparar sus perfecciones con las de ninguna de las mujeres que había admirado hasta entonces. Ante una mujer y un salón amueblado, como pudiera estarlo un salón del arrabal Saint-Germain, lleno de esas ricas insignificancias que se ven sobre las mesas, creyó encontrarse de nuevo en París. Pisaba una verdadera alfombra de París y volvía á ver el tipo distinguido y la gracia exquisita de la parisiense, y su negligencia en los modales afectados, cosa que tanto daña á las mujeres de provincia.

La señora vizcondesa de Beausseant era rubia, blanca como todas las rubias, y tenía los ojos negros. Ostentaba como todas las rubias, y frente de ángel caído que está orgulloso de su falta y que no quiere perdón. Sus cabellos, abundantes y trenzados, formaban un moño encima de dos bandadas que describían sobre su frente anchas curvas, añadiendo aún majestad á su cabeza. En las espirales de aquella cabellera dorada, la imaginación creía ver la corona ducal de Borgoña, y en los ojos brillantes de aquella gran dama, todo el

valor de su casa; el valor de una mujer fuerte solamente para rechazar el desprecio ó la audacia, pero llena de ternura para el amor. Los contornos de su pequeña cabeza, admirablemente sentada sobre su blanco y largo cuello, las facciones de su fino rostro, sus labios perfectamente dibujados y su animada fisonomía tenían una expresión de prudencia exquisita y un tinte de afectada ironía que se parecían á la astucia y á la impertinencia. Era difícil no perdonarle estos dos pecados femeninos, al pensar en sus desgracias y en la pasión que había estado á punto de costarle la vida, pasión que denotaban, ya las arrugas que al menor movimiento surcaban su frente, ó ya la dolorosa elocuencia de sus hermosos ojos levantados frecuentemente al cielo. ¿No era espectáculo imponente y agrandado aún con el pensamiento, el que ofrecía, en un inmenso y silencioso salón, aquella mujer separada del mundo entero, que vivía hacia tres años en el fondo de un valle, lejos de poblado, y sólo con los recuerdos de una juventud brillante, feliz, apasionada, amenizada antes con fiestas y con constantes homenajes, pero entregada ahora á los horrores de la nada? La sonrisa de aquella mujer denotaba que tenía perfecta conciencia de su valor. No siendo madre ni esposa, rechazada por el mundo, privada del único corazón que podía hacer latir al suyo sin rubor, tenía que sacar fuerzas de su flaqueza, vivir de su propia vida y no tener más esperanzas que las de la mujer abandonada: esperar la muerte y anticiparla, á pesar de los hermosos días de juventud que le quedaban. ¡Qué horribles dolores los de la mujer que se siente destinada á la dicha, y que parece sin recibirla y sin darla! El señor de Nueil se hizo estas reflexiones con la rapidez del rayo y se sintió avergonzado de sí mismo al encontrarse en presencia de aquella dama. Seducido por el triple brillo de su belleza, de su desgracia y de su nobleza, permaneció casi con la boca abierta, pensativo, admirando á la vizcondesa y sin saber qué decirle.

La señora de Beausseant, á la que, sin duda, no desagradó esta sorpresa, le tendió la mano con un gesto amable, pero imperativo, y haciendo aparecer una sonrisa en sus pálidos labios, le dijo:

—Caballero, el señor de Champignelles me ha prevenido del encargo que tenía usted que darme. ¿Será acaso de parte de...?

Al oír esta terrible frase, Gastón comprendió aun mejor

lo ridículo de su situación, su mal gusto y su mal proceder con una mujer tan noble como desgraciada, y se puso rojo como la grana. Su mirada se turbó; pero de pronto, con esa fuerza que los corazones jóvenes saben sacar del sentimiento mismo de sus faltas, se tranquilizó, interrumpió á la señora de Beausseant, no sin hacer antes un gesto lleno de sumisión, y le respondió con apasionada voz:

—Señora, no merezco la dicha de verla á usted, pues la he engañado miserablemente. Por grande que sea el sentimiento á que obedezco, nunca podré excusar el miserable subterfugio de que me he valido para llegar hasta usted. Pero, señora, si tuviese usted la bondad de permitirme que le dijese...

La vizcondesa dirigió al señor de Nueil una mirada llena de orgullo y de desprecio, levantó la mano para coger el cordón de la campanilla, y llamó. Acto continuo, se presentó un criado, y la dueña de la casa, mirando con dignidad al joven, dijo:

—Jacobo, alumbre usted al señor.

Y se levantó con arrogancia, saludó á Gastón y se agachó para recoger el libro que se le había caído. Sus movimientos fueron tan secos y tan fríos, como elegantes habían sido los que había hecho al recibirle. El señor de Nueil se había levantado, pero no se movía. La señora de Beausseant le dirigió de nuevo una mirada como para decirle: «¿Cómo! ¿no sale usted?»

Esta mirada encerraba una burla tan penetrante, que Gastón se puso pálido como si fuese á desmayarse. Algunas lágrimas asomaron á sus ojos, pero las retuvo y las secó con el fuego de su vergüenza y de su desesperación, y miró á la señora de Beausseant con una especie de orgullo que expresaba á la vez resignación y una cierta conciencia de su valer: la vizcondesa tenía derecho á castigarlo; pero ¿debía hacerlo? Y salió. Cuando atravesaba la antesala, la perspicacia de su espíritu y su inteligencia, aguzada por la pasión, le hicieron comprender todo el peligro de su situación.

—Si salgo de aquí—se dijo,—nunca más podré volver, y siempre seré un estúpido para la vizcondesa. Es imposible que una mujer deje de adivinar el amor que inspira. En este momento, acaso sienta ella misma un vago é involuntario pesar por haberme despedido tan bruscamente; pero ella no

puéde ni debe revocar su sentencia, y es á mí á quien toca comprenderla.

Hecha esta reflexión, Gastón se detiene en la escalinata exterior, lanza una exclamación, se vuelve vivamente, y dice:

—¡Ah! ¡me he olvidado una cosa!

Y vuelve hacia el salón, seguido del criado, que, lleno de respeto por un barón y por los derechos sagrados de la propiedad, fué engañado por el tono sencillo con que fué pronunciada esta frase. Gastón entró muy despacio sin ser anunciado, y, cuando la vizcondesa levantó la cabeza, creyendo, sin duda, que el intruso era su ayuda de cámara, se encontró con el señor de Nueil, que le dijo sonriendo:

—Jacobo me ha alumbrado ya.

Su sonrisa tristemente graciosa quitaba á esta frase todo lo que tenía de burlón, y el acento con que fué pronunciada debía llegar hasta el alma.

La señora de Beausseant quedó desarmada, y le dijo:

—Está bien; siéntese usted.

Gastón se apoderó de la silla con ávido movimiento, y sus ojos, animados por la felicidad, brillaron de tal modo, que la condesa no pudo sostener su mirada; fijó los ojos en el libro y saboreó el placer siempre nuevo de ser para un hombre el principio de su dicha, sentimiento que es imperecedero en la mujer. La señora de Beausseant había sido adivinada. ¡Agrada tanto á una mujer el encontrar á un hombre que se adapte á los lógicos caprichos de su corazón y que comprenda las aparentes contradicciones de su espíritu, los fugitivos pudores de sus sensaciones, tan pronto tímidas como atrevidas, asombrosa mezcla de coquetería y de sencillez!

—Señora—exclamó Gastón con amabilidad,—conoce usted mi falta, pero ignora usted mis crímenes. Si supiese usted con qué dicha he...

—¡Ah! ¡tenga usted cuidado!—dijo la vizcondesa llevándose un dedo á la boca y haciendo con la otra mano un gesto como para coger el cordón de la campanilla.

Este bonito movimiento, esta graciosa amenaza, provocó sin duda un triste pensamiento, un recuerdo de su vida feliz, del tiempo en que todo podía ser encanto y en que la dicha justificaba los caprichos de su espíritu y daba atractivo á los menores movimientos de su persona. La señora de Beaus-

seant frunció las cejas; su rostro, débilmente alumbrado por las bujías, tomó una expresión sombría; después miró al señor de Nueil con una gravedad desprovista de frialdad, y le dijo, como mujer profundamente penetrada del sentido de las palabras:

—Todo esto es muy ridículo. Hubo un tiempo, caballero, en que hubiera podido mostrarme alegre, reír con usted y recibirle sin temor; pero hoy, mi vida ha cambiado mucho, no soy dueña de mis actos y tengo que reflexionarlos mucho. ¿A qué sentimiento debo su visita? ¿A la curiosidad? Entonces pago bien caro un frágil instante de dicha. ¿Amará usted ya acaso *apasionadamente* á una mujer calumniada que no le ha visto á usted nunca? En ese caso, los sentimientos de usted estarían fundados en mi mala reputación y en una falta que la casualidad ha hecho célebre.

Y tiró el libro con mal humor sobre la mesa.

—Pues ¡qué!—repuso después de haber lanzado una terrible mirada á Gastón—porque he sido débil una vez, ¿cree el mundo acaso que lo voy á ser siempre? ¡Esto es espantoso, degradante! ¿Viene usted á mi casa para compadecerme? Si es así, opino que aún es usted muy joven para simpatizar con penas del corazón. Sépalo usted, caballero, prefiero el desprecio á la lástima: no quiero sufrir la compasión de nadie.

Al llegar aquí, guardó silencio por algunos instantes.

—Ya ve usted, señor mío, que cualquiera que sea el sentimiento que le ha movido á introducirse atrevidamente en mi retiro, me hiere usted—repuso levantando la cabeza hacia él con aire triste y amable.—Es usted demasiado joven para estar completamente desprovisto de bondad, y espero que comprenderá usted la inconveniencia del paso que acaba de dar. Se lo perdono á usted, y le hablo ahora sin amargura. Supongo que no volverá usted más aquí, ¿verdad? Así se lo ruego, aunque podría ordenárselo. Si usted me hiciese otra visita, ni usted ni yo podríamos evitar que toda la villa dijese que era usted mi amante, con lo cual añadiría usted una gran pena á mis penas, y no creo que sea esta su intención.

Y guardó silencio mirando á Gastón con una dignidad que le dejó desconcertado.

—Señora, comprendo que obré mal—respondió éste con tono convencido;—pero el ardor, la irreflexión y una viva necesidad de dicha, son á mi edad cosas muy frecuentes.

Ahora comprendo que no debía haber venido á verla á usted, y, sin embargo, mi deseo era muy natural.

Procuró contar con más ardor que gracia los sufrimientos á que le había condenado su necesario destierro; le descubrió el estado de un joven cuya fogosidad se extinguía sin alimento, cuando era digno de ser amado tiernamente y cuando, á pesar de esto, no había conocido aún las delicias de un amor inspirado por una mujer joven, hermosa y llena de gusto y de delicadeza. Explicó su falta de conveniencia, sin querer justificarla. Aduló á la señora de Beausseant, probándole que ella realizaba el tipo de la querida incesante, pero vanamente deseada por la mayor parte de los jóvenes, y, hablándole de sus paseos matutinos alrededor de Courcelles y de las ideas que acudían á su mente al ver el pabellón donde había acabado al fin por entrar, despertó esa indefinible indulgencia que siente siempre el corazón de todas las mujeres por las locuras que origina. Dejó oír su voz apasionada en aquella fría soledad, adonde llevó las ardorosas inspiraciones del joven y los encantos del espíritu que procura siempre una educación esmerada. La señora de Beausseant estaba privada hacia ya mucho tiempo de las emociones que producen los sentimientos verdaderos cuando son fielmente expresados, para que no saborease agradablemente sus delicias; así es que no pudo menos de contemplar el expresivo rostro del señor de Nueil y de admirar en él esa sinceridad de alma que no ha sido aún desgarrada por las crueles enseñanzas de la vida del mundo, ni devorada por los perpetuos cálculos de la ambición ó de la vanidad. Gastón era el hombre que está en la flor de la juventud, pero que se porta como el hombre de carácter que desconoce aún sus elevados destinos. Por eso, ambos se hacían, sin darse cuenta, peligrosas reflexiones para su tranquilidad, y procuraban ocultárselas. El señor de Nueil veía en la vizcondesa á una de esas raras mujeres víctimas siempre de su propia perfección y de su inextinguible ternura, y cuya belleza es su menor encanto una vez que se ha logrado conocer su alma, donde los sentimientos son infinitos, donde todo es bueno y donde el instinto de lo bello se une á las más variadas manifestaciones del amor para purificar sus voluptuosidades y hacerlas casi santas. Admirable secreto de la mujer, dote exquisito que tan rara vez concede la naturaleza. La vizcondesa, por su parte, escuchando las sinceras palabras

con que Gastón le describía las desgracias de su juventud, adivinaba los sufrimientos que impone la timidez á los niños de veinticinco años, cuando el estudio les ha librado de la corrupción y del contacto de las gentes del mundo, cuya experiencia anula las hermosas cualidades del joven. Veía en él el sueño de todas las mujeres, el hombre desprovisto aún de ese egoísmo de familia y de fortuna y de ese sentimiento personal que acaba por matar la fidelidad, el honor, la abnegación y la estimación de sí mismo, flores del alma que se marchitan pronto, que enriquecen al principio la vida de las emociones delicadas y que reavivan en el hombre la probidad de su corazón. Una vez internados en los vastos espacios del sentimiento, llegaron muy lejos en teoría, sondaron ambos la profundidad de sus almas y se informaron de la verdad de sus expresiones. Este examen, que Gastón hacía involuntariamente, la señora de Beausseant lo hacía con premeditación.

Empleando su astucia natural ó adquirida, la vizcondesa expresaba, sin perjudicarse, opiniones que no eran las suyas, á fin de conocer las del señor de Nueil, y estuvo tan ocurrente y tan graciosa con un joven que no le infundía desconfianza y al que no creía volver á ver, que Gastón exclamó sinceramente, contestando á una frase deliciosa dicha por ella:

—Señora, ¿cómo ha podido haber un hombre capaz de abandonarla á usted?

La vizcondesa guardó silencio, y Gastón, creyendo haberla ofendido, se puso encarnado como la grana. Pero, al contrario, lo que ocurría era que aquella mujer experimentaba, por vez primera desde el día de su desgracia, un placer profundo y verdadero. El hombre más experto y más hábil no hubiese hecho á fuerza de arte los progresos que el señor de Nueil hizo con aquella exclamación salida del corazón. Este juicio, arrancado al candor de un joven, la hacía inocente á sus ojos, condenaba al mundo, acusaba al que la había abandonado y justificaba la soledad en que había ido á languidecer. La abolución mundana, las conmovedoras simpatías y la estimación social, tan deseadas y tan cruelmente rechazadas, sus más secretos deseos, se veían por fin satisfechos con aquella exclamación y aquella admiración que tan ávidamente saborean siempre las mujeres. Por fin, había sido entendida y comprendida, y el señor de Nueil le daba ocasión de mos-

trarse orgullosa de su caída. Miró al reloj, y al apercibirse de esto Gastón, exclamó:

—¡Oh! señora, no castigue mi atolondramiento. Si no me ha de conceder ya más entrevistas, dígnese al menos prolongar un poco más esta.

La vizcondesa pagó con una sonrisa este cumplido, y contestó:

—Pero, si no hemos de vernos ya nunca, ¡qué importa un instante más que menos! Por otra parte, si yo llegase á agradecerle, habría causado una desgracia.

—Una desgracia que ya no tiene remedio—respondió Gastón tristemente.

—No me diga usted eso—dijo la vizcondesa con serenidad.—En cualquiera otra posición le recibiría á usted con gusto. Voy á hablarle sin rodeos, y así comprenderá usted el por qué no quiero ni debo volver á verle. Le creo á usted dotado de sentimientos bastante elevados para comprender que, si llegasen siquiera á sospechar de mí una segunda falta, pasaría á ser para todo el mundo una mujer despreciable y vulgar, y no me parecería nada á las demás mujeres. En cambio, una vida pura y sin tacha pondría de relieve mi carácter. Tengo demasiado orgullo, para que no intente aparecer á los ojos de la sociedad como una víctima de las leyes por mi matrimonio y una víctima de los hombres por mi amor. Si no permaneciese fiel á mi posición, me haría acreedora á todo el desprecio que me abruma y perdería hasta mi propia estimación. No tuve la virtud necesaria para entregarme á un hombre á quien no amaba. Rompí, á pesar de las leyes, los lazos del matrimonio: esto era un crimen, una falta, todo lo que usted quiera; pero para mí, aquel estado equivalía á la muerte, y quise vivir. Si hubiese sido madre, acaso hubiera tenido fuerzas para soportar el suplicio de un matrimonio impuesto por las conveniencias. Jóvenes é inexpertas, á los diez y ocho años apenas comprendemos lo que nos obligan á hacer. Yo violé las leyes del mundo, éste me ha castigado, y, por lo tanto, creo que uno y otro obramos con justicia. Busqué la dicha. ¿No es ley impuesta por la naturaleza la de que todo ser procure por su felicidad? Era joven... hermosa... creía haber encontrado un ser tan amante como parecía apasionado. Fui amada algún tiempo...

Al decir esto, hizo una pausa.

—Pensé—repuso—que un hombre no debía nunca aban-

donar á una mujer en la situación en que yo me encontraba. Fui abandonada. Sin duda no supe agradecer, ó falté á alguna ley de la naturaleza: había sido demasiado amante, demasiado fiel ó demasiado exigente. En fin, no sé. La desgracia me ha enseñado mucho. Después de haber sido mucho tiempo la acusadora, me resigné á ser la única criminal, absolviendo á costa mía á aquel de quien yo creía tener derecho á quejarme. No fui bastante diestra para conservarle, y el destino castigó severamente mi torpeza. Yo no sé más que amar, y ¿quién es capaz de pensar en sí cuando ama? Fui, pues, esclava, cuando debí ser tirana. Los que me conozcan podrán condenarme; pero estoy segura de que me estimarán. Mis sufrimientos me han enseñado á no exponerme más á ser abandonada. No comprendo cómo vivo aún después de haber sufrido los dolores de aquellos ocho primeros días que siguieron á aquella crisis, que es la más espantosa que puede atravesar una mujer. Es preciso haber vivido tres años sola para adquirir fuerza para hablar como yo lo hago ahora, de aquel dolor. La agonía termina ordinariamente con la muerte; pero aquello, caballero, fué una agonía que no logró tener la tumba por desenlace. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido!

La vizcondesa fijó sus ojos en la cornisa, á la que confió todo lo que no debía oír un desconocido. Una cornisa es la confidente más amable, más sumisa y más complaciente que pueden encontrar las mujeres en esos momentos en que no se atreven á mirar á su interlocutor. La cornisa de un gabinete es una institución. ¿No es este un confesionario sin sacerdote? En aquel momento, la señora de Beausseant estaba elocuente y hermosa, y cabría decir coqueta, si esta palabra no fuese demasiado fuerte. Haciéndose justicia, levantando entre ella y el amor las más elevadas barreras, aguijoneaba todos los sentimientos del hombre. Por fin, fijó sus ojos en Gastón, después de haberles hecho perder la impresión que les había comunicado el recuerdo de sus penas.

—¿Confiesa usted ahora que debo permanecer fría y solitaria?—le dijo la señora de Beausseant con calma.

El señor de Nueil sentía un violento deseo de caer á los pies de aquella mujer; pero temió parecerle ridículo, y reprimió su exaltación y sus sentimientos: experimentaba á la vez el temor de no poder expresarlos bien y el miedo á alguna terrible negativa ó á alguna burla cuya aprehensión es capaz de helar las almas más ardientes. La reacción de los senti-

mientos que él contuvo en el momento en que brotaban de su corazón le causó ese dolor profundo que conocen los tímidos y los ambiciosos, forzados frecuentemente á reprimir sus deseos. Sin embargo, no pudo menos de romper el silencio, para decir con temblorosa voz:

—Señora, permítame que me entregue á una de las mayores emociones de mi vida, confesándole lo que me ha hecho usted experimentar. ¡Usted me ha agrandado el corazón! Siento en mí el deseo de ocupar mi vida entera en hacerle olvidar á usted sus pesares y en amarla por todos los que la han odiado ó herido. Pero todo esto es una efusión repentina del corazón, que nada justifica hoy, y que yo debía...

—Basta, caballero—dijo la señora de Beausseant.—Nos hemos colocado á demasiada distancia uno de otro. Al explicarle á usted las tristes razones que me mueven á darle una negativa, lo hice para disminuir la dureza de ésta y no para procurarme homenajes. La coquetería no sienta bien más que á la mujer feliz. Créame usted; sigamos siendo extraños el uno al otro. Más tarde, acaso llegará usted á saber que no es conveniente establecer lazos de unión entre personas que han de verse obligadas después á romperlos.

Dicho esto, suspiró ligeramente, y su frente se arrugó para recobrar en seguida la pureza de su forma.

—¡Qué horrible sufrimiento es para una mujer el no poder seguir al hombre á quien ama, en todas las fases de su vida! Y este horrible pesar, no ha de alcanzar también al hombre, si la ama como es debido? ¿No es esto una doble desgracia?

Hubo un momento de silencio, después del cual la vizcondesa dijo, sonriendo y levantándose para obligar á levantarse á su huésped:

—Seguramente que cuando venía usted á Courcelles no esperaba encontrarse con un sermón, ¿verdad?

En aquel momento, Gastón se encontraba más lejos de aquella mujer que en el instante en que se había dirigido á ella. Atribuyendo el encanto de aquella hora deliciosa á la coquetería de una dueña de casa deseosa de mostrar su talento, saludó fríamente á la vizcondesa y salió desesperado. Mientras iba por el camino, el barón procuraba sorprender el verdadero carácter de aquella criatura flexible y dura como un resorte; pero le había visto afectar tan diversos matices, que le fué imposible formar juicio acabado de ella. Las entonaciones de su voz resonaban aún en sus oídos, y

el recuerdo daba tanto encanto á los gestos, á los movimientos de cabeza, al juego de los ojos, que acabó de enamorarse por completo. Para él, la belleza de la vizcondesa relucía aún en las tinieblas, y las impresiones que había recibido se despertaban, atraídas una por otra, para seducirle de nuevo, revelándole gracias de mujer, desconocidas para él hasta entonces. Y cayó en una de esas vagas meditaciones durante las cuales los pensamientos más claros se combaten y se hieren unos á otros, sumiendo el alma en un corto acceso de locura. Es preciso ser joven para comprender los secretos de esta clase de ditirambos en que el corazón, asaltado por las ideas más juiciosas y más locas, cede á la última que le hiera, á un pensamiento de esperanza ó de desesperación, obedeciendo siempre á un poder desconocido. A los veintitrés años, el hombre está casi siempre dominado por un sentimiento de modestia; le agitan las mismas timideces y las mismas turbaciones que á una doncella; teme expresar mal su amor; no ve más que dificultades que le espantan; tiembla ante la idea de no agradar; sería atrevido si no amase tanto, y cuanto más comprende el valor de la dicha, menos cree que su amada pueda concedérsela; por otra parte, sin duda se entrega demasiado á su placer y teme no corresponder á él; cuando, por desgracia, su ídolo es imponente, lo adora en secreto y de lejos, y su amor expira si no logra ser adivinado. Muchas veces, esta pasión prematura, muerta de pronto en un corazón joven, deja en éste infinidad de ilusiones. ¿Qué hombre no tiene algunos de estos vírgenes recuerdos que se despiertan más tarde procurándonos la imagen de una dicha perfecta? Recuerdos semejantes á esos niños perdidos en sus primeros años, y cuyos padres no conocieron más que sus sonrisas. El señor de Nueil salió, pues, de Courcelles, presa de un sentimiento lleno de extremas resoluciones. La señora de Beausseant había pasado á ser una cosa indispensable para su existencia, y prefería morir á vivir sin ella. Siendo bastante joven para sentir esas crueles fascinaciones que la mujer perfecta ejerce en las almas vírgenes y apasionadas, debió pasar una de esas noches borrascosas durante las cuales los jóvenes van de la dicha al suicidio, del suicidio á la dicha, devoran toda una vida feliz y se duermen, por fin, agobiados de fatiga. Noches fatales, en las que la mayor desgracia que puede ocurrir es el despertar filósofo. Como estuviese demasiado enamorado

para poder dormir, el señor de Nueil se levantó y escribió multitud de cartas que no le dejaron satisfecho y que acabó por quemar.

Al día siguiente, se fué á dar una vuelta por el cercado de Courcelles, pero lo hizo al obscurecer, á fin de que no le viese la vizcondesa. El sentimiento á que obedecía entonces es de una naturaleza tan misteriosa, que es preciso ser muy joven aún ó encontrarse en una situación semejante, para poder comprender sus mudas felicidades y sus extravagancias, cosas éstas todas que harían encogerse de hombros á las gentes que tienen la dicha de mirar siempre la vida por su parte *positiva*. Después de crueles dudas, Gastón escribió á la señora de Beausseant la siguiente carta, que puede pasar por modelo de fraseología propia de enamorado, y que puede compararse á las cartas hechas á escondidas por los hijos para el día del santo de sus padres, presentes detestables para todo el mundo, excepto para los que los reciben:

«Señora: Ejerce usted tal imperio sobre mi corazón, sobre mi alma y sobre mi persona, que mi destino depende hoy por completo de usted. No arroje esta carta al fuego. Tenga la amabilidad de leerla hasta el fin. Acaso me perdone la primera frase que le dirijo, al ver que no es una declaración vulgar ni interesada, sino la expresión de un hecho natural. Acaso le conmueva á usted la modestia de mis ruegos, la resignación que me inspira el sentimiento de mi inferioridad y la influencia que su determinación ha de tener en mi vida. Señora, á mi edad, sólo sé amar, é ignoro por completo lo que puede agradar á una mujer y lo que la seduce; pero siento en mi corazón embriagadoras adoraciones. Me veo irresistiblemente atraído hacia usted por el placer inmenso que me hace experimentar, y pienso en usted con todo el egoísmo que nos inclina á ir á aquellos sitios en donde encontramos el calor vital. No me creo digno de usted. No; me parece imposible que yo, joven, ignorante y tímido, pueda proporcionarle la milésima parte de la dicha que disfruté cuando la oía y la veía á usted. Usted es para mí la única mujer que existe en el mundo, y no concibiendo sin usted la vida, he tomado la resolución de marchar de Francia, yendo á exponer mi vida, hasta que la pérdida, en alguna empresa imposible, en las

Indias, en Africa, en cualquier parte. ¿No es preciso que yo combata un amor sin límites con alguna cosa infinita? Pero si usted me deja concebir la esperanza, no ya de ser mía, sino de obtener únicamente su amistad, me quedaré. Permítame usted pasar á su lado, aunque sea muy rara vez, algunas horas semejantes á las que tuve la osadía de procurarme. Esa pequeña felicidad, de cuyos vivos goces podrá usted privarme á la menor palabra que sea demasiado ardiente, bastará para apaciguar mi fiebre amorosa. ¿Le habré atribuído demasiada generosidad al hacerle una proposición en que todo es provecho para mí? Ya sabrá usted hacer comprender á ese mundo á quien se sacrifica, que yo no soy nada para usted. ¿Es usted tan inteligente y tan altiva! ¿Qué tiene usted que temer? Ahora quisiera poder abrirle mi corazón, á fin de persuadirla de que mi humilde ruego no lleva segunda intención. Si tuviese la esperanza de hacerle participar del profundo sentimiento sumido en mi corazón, no le diría que correspondiese á un amor sin límites con un poco de amistad. No, se lo aseguro; con tal de estar á su lado, le prometo ser para usted lo que usted quiera que sea. Si me rechaza usted, no murmuraré, pero partiré para siempre. Si después entrase para nada alguna otra mujer en mi vida, habrá usted tenido razón: pero si muero fiel á mi amor, ¿quién duda que ha de sentir usted un gran pesar? La esperanza de poder causarle esta pena amenguará mis angustias y será la única venganza de mi corazón...»

Es preciso no ignorar ninguna de las excelentes penas de la juventud; es preciso haber concebido todas las quimeras de una imaginación ardiente, para comprender el suplicio que sufrió Gastón de Nueil cuando supuso que su primer *ultimatum* estaba ya en manos de la señora de Beausseant. Veía á la condesa fría, risueña y burlándose del amor como ser que no cree ya en él. Hubiera deseado recobrar su carta, que le parecía absurda, para estampar en ella otras mil ideas infinitamente mejores, ó que hubiesen sido por lo menos más conmovedoras que sus malditas frases alambicadas, sofisticadas, pretenciosas y mal puntuadas, si bien escritas con primorosa letra. Procuraba no pensar ni sentir, pero pensaba, sentía y sufría. Si hubiese tenido treinta años, se hubiera emborrachado; pero aquel joven inocente aun no

conocía los recursos del opio ni los demás inventos de la extrema civilización. No tenía allí á su lado ninguno de esos buenos amigos de París, que saben decirnos: «POETA, NON DOLET», tendiéndonos una botella de vino de Champaña, ó arrastrándonos á una orgía para apaciguar los malestares de la incertidumbre. Excelentes amigos que están siempre arruinados cuando vosotros sois ricos, que están siempre fuera cuando los buscáis, que han perdido siempre la última peseta cuando les pedís una, pero que tienen siempre un mal caballo para venderos; en una palabra, los mejores muchachos de la tierra, dispuestos siempre á embarcarse con vosotros para descender una de esas rápidas pendientes en las que se gastan el tiempo, el alma y la vida.

Por fin, el señor de Nueil recibió de manos de Jacobo una carta con un sello que ostentaba las armas de Borgoña, escrita en papel satinado y que olía á mujer bonita.

Inmediatamente corrió á encerrarse para leer y releer su carta.

«Caballero: Me castiga usted bien severamente por la amabilidad que tuve de aminorar la dureza de una negativa y por la seducción que el talento ejerce siempre sobre mí. Confíe en la nobleza de la juventud, y usted me ha engañado. Sin embargo, puedo asegurarle que le hablé, si no con el corazón en la mano, lo cual hubiera sido ridículo, al menos con franqueza, y le dije mi situación, á fin de que pudiese comprender mi frialdad. La pena que me ha causado su carta corre parejas con el interés que me tomé por usted. Soy buena y complaciente por naturaleza, pero las circunstancias me hacen mala. Otra mujer hubiera quemado su carta sin leerla, y yo la leo y respondo á ella. Mis razonamientos le probarán que, si no soy insensible á la impresión de un sentimiento que hice nacer, aunque involuntariamente, estoy muy lejos de participar de él, y mi conducta le demostrará á usted mucho mejor aún la sinceridad de mi alma. Por su bien he querido emplear la especie de autoridad que usted me concede sobre su vida, y deseo ejercerla una sola vez, para hacer caer el velo que le cubre los ojos.

»Caballero, yo voy á cumplir muy pronto treinta años, y usted apenas tiene veintidós, é ignora, por lo tanto, cuál será su modo de pensar cuando llegue á mi edad. Los juramentos que usted presta hoy con tanta facilidad, acaso puedan

pesarle mañana. Quiero creer que hoy me daría usted con gusto su vida entera y que moriría por un efímero placer; pero, á los treinta años, la experiencia le privará á usted de fuerzas para hacer sacrificios por mí todos los días, y yo, por otra parte, me sentiría profundamente humillada aceptándolos. Llegará un día en que todo, la naturaleza misma, le ordenará que me abandone, y yo ya le dije á usted que prefiero la muerte á verme de nuevo abandonada. Ya lo ve, la desgracia me ha enseñado á calcular. Como no estoy apasionada, razono. Usted me obliga á decirle que no le amo, y que no debo, puedo, ni quiero amarle. Yo he pasado ya el momento de la vida en que las mujeres ceden á impulsos irreflexivos del corazón, y no sabría ser la querida que usted ambiciona. Mis consuelos, caballero, provienen de Dios y no de los hombres. Por otra parte, leo con demasiada claridad en los corazones á la triste luz del amor mentido, para aceptar la amistad que usted pide y ofrece. Su corazón le engaña y confía usted más bien en mi debilidad que en su fuerza. Todo eso son efectos del instinto, y le perdono á usted esa astucia de niño, de la cual aun no es usted cómplice. En nombre de ese amor pasajero, en nombre de su vida, en nombre de mi tranquilidad, le ordeno á usted que permanezca en su país y que no deje la vida feliz y honrosa que en él espera, por una ilusión que no tiene más remedio que extinguirse. Más tarde, cuando, cumpliendo su destino, se desarrollen en usted todos los sentimientos del hombre, apreciará en todo su valor esta respuesta mía, la cual, sin duda, calificará usted ahora de dura. Entonces volverá usted á ver con placer á una anciana, cuya amistad le ha de ser seguramente grata y preciosa, porque no habrá estado sometida á las vicisitudes de la pasión ni á los desencantos de la vida, y porque ideas nobles y religiosas la habrán conservado pura y santa. Adiós, caballero, obedézcame usted sin olvidar que sus éxitos en la vida me han de procurar un placer en medio de mi soledad, y no piense en mí más que como se piensa en los ausentes.»

Después de haber leído esta carta, Gastón de Nueil escribió estas palabras:

«Señora: Si cesase de amarla aceptando las proposiciones que usted me hace de que sea un hombre ordinario,

confiese usted que merecería mi suerte. No, no la obedeceré, y le juro que he de serle fiel hasta la muerte. ¡Oh! tome usted por Dios mi vida, á no ser que tema que pueda ser un remordimiento para la suya...»

Cuando el criado del señor de Nueil volvió de Courcelles, su amo le preguntó:

—¿A quién has entregado mi carta?

—A la señora vizcondesa en persona. Iba en coche y se marchaba.

—¿A dar un paseo?

—No lo creo, señor, porque la berlina de la señora vizcondesa llevaba caballos de posta.

—¡Ah! se marcha—dijo el barón.

—Sí, señor—le respondió su ayuda de cámara.

Inmediatamente, Gastón hizo los preparativos para seguir á la señora de Beausseant, yendo detrás de ella hasta Génova, sin que la vizcondesa se apercibiese de ello. Entre las muchas reflexiones que le asaltaron durante el viaje, la que más le ocupó fué esta: «¿Por qué se marchará?» Esta pregunta fué el origen de una multitud de hipótesis, entre las cuales eligió, como es natural, la más halagüeña, ó sea la siguiente: «Si la vizcondesa quiere amarme, no hay duda alguna que, como mujer de talento, prefiere hacerlo en Suiza, donde nadie la conoce, que no en Francia, donde sería objeto de censuras».

Algunos hombres apasionados no amarían nunca á una mujer que fuese bastante hábil para escoger ella misma el terreno de sus amores. Pero, por otra parte, nada probaba que fuese verdadera la hipótesis de Gastón.

La vizcondesa alquiló una casita en el lago, y cuando estuvo instalada ya en ella, Gastón se presentó á visitarla un día al obscurecer. Jacobo, ayuda de cámara esencialmente aristocrático, no se asombró al ver al señor de Nueil, y lo anunció, como criado acostumbrado á comprenderlo todo. Al oír su nombre, al ver al joven, la señora de Beausseant dejó caer el libro que tenía en las manos, y esta sorpresa dió tiempo á Gastón para aproximarse á ella y decirle con voz que le pareció deliciosa:

—¡Con qué placer tomaba yo los caballos que la habían conducido á usted!

¡Obedecer tan bien á sus secretos votos! ¿Cuál es la mujer

que no hubiese cedido á semejante dicha? Una italiana, una de esas criaturas divinas cuya alma es el antipoda de la de las parisienses, decía cuando leía las novelas francesas: «No comprendo por qué esos pobres enamorados pasan tanto tiempo para arreglar una cosa que debe ser obra de una mañana». Siguiendo el ejemplo de esta buena italiana, ¿por qué no ha de poder el narrador evitar malos ratos á sus lectores y á su protagonista? Ocasión ofrece esta historia para describir encantadoras escenas de coquetería, agradables retrasos que la señora de Beausseant promovía para caer con gracia como las vírgenes de la antigüedad. El señor de Nueil estaba aún en la edad en que un hombre es víctima de esos caprichos y de esos juegos que tanto agradan á las mujeres y que ellas procuran prolongar, ora para estipular sus condiciones, ora para gozar más tiempo de su poder, cuya próxima disminución adivinan instintivamente. Pero todos estos detalles afectan muy poco á la historia de una pasión verdadera para ser mencionados.

La señora de Beausseant y el señor de Nueil permanecieron tres años en la casita que había alquilado la vizcondesa á orillas del lago de Génova. Allí vivieron solos, sin ver á nadie, sin dar que hablar, paseándose en barca, levantándose tarde, y tan felices como cualquiera pudiera desear para sí. Aquella casita era sencilla; tenía persianas verdes y estaba rodeada de grandes balcones provistos de toldos; en una palabra, una verdadera casa de amantes, con canapés blancos, alfombras azuladas, y donde todo respiraba alegría. Desde cada balcón se veían diferentes puntos del lago: en lontananza, las montañas; encima, un hermoso cielo azul, y debajo, una larga superficie de agua. Las cosas parecían que armonizaban con ellos, y todo les sonreía.

En esta situación, graves intereses llamaron al señor de Nueil á Francia: su padre y su hermano habían muerto. Los dos amantes compraron aquella casa, y hubieran querido poder hacer lo propio con las montañas y las aguas del lago, á fin de llevarse consigo aquellos testigos de su dicha. La señora de Beausseant siguió al señor de Nueil; realizó su fortuna, compró cerca de Manerville una propiedad considerable contigua á las tierras de Gastón, y allí vivieron juntos. El señor de Nueil cedió con mucho gusto á su madre el usufructo de los dominios de Manerville, á cambio de que ésta le dejase en libertad de seguir siendo soltero. Las tie-

rras de la señora de Beausseant estaban situadas cerca de una aldea, en uno de los puntos más bonitos del valle de Auge. Allí, los dos amantes pusieron entre ellos y el mundo barreras que ni las ideas sociales ni las personas podían franquear, y reanudaron sus felices días de Suiza. Durante nueve años completos disfrutaron de una dicha que es inútil describir, porque el desenlace de esta historia hará, sin duda, adivinar sus delicias á aquellos cuya alma es capaz de comprender la poesía y la oración, en lo infinito de sus manifestaciones.

Entre tanto, el señor marqués de Beausseant (pues su padre y su hermano mayor habían muerto), marido de la vizcondesa, gozaba de perfecta salud. Nada hay que nos anime más á vivir, como la seguridad de que nuestra muerte ha de constituir la dicha de otro. El señor de Beausseant era uno de esos hombres irónicos y testarudos que, como algunos rentistas vitalicios, parece que encuentran un placer mayor que los demás en levantarse sanos y buenos todas las mañanas. Por lo demás, era hombre galante, algo metódico, ceremonioso y capaz de declarar su amor á una mujer con la misma tranquilidad con que un lacayo dice: «¡La señora está servida!»

Esta pequeña reseña biográfica sobre el marqués de Beausseant tiene por objeto hacer comprender la imposibilidad en que se encontraba la marquesa de casarse con el señor de Nueil.

Pero, después de estos nueve años de dicha, que viene á ser uno de los arriendos más favorables que jamás haya podido firmar mujer alguna, el señor de Nueil y la señora de Beausseant se encontraron en una situación tan natural y tan falsa como aquella en que habían permanecido desde el principio de esta aventura; crisis fatal, empero, de la que es imposible dar una idea, pero cuyas circunstancias pueden detallarse con exactitud matemática.

La señora condesa de Nueil, madre de Gastón, que no había querido ver nunca á la señora de Beausseant, era una señora recta y virtuosa, que no había hecho más que contribuir legalmente á la felicidad del señor Nueil padre. La señora de Beausseant comprendió que aquella noble y honrada viuda tenía que ser su enemiga y que había de procurar sacar á Gastón de su vida inmoral y antirreligiosa. La marquesa hubiera querido vender sus tierras y volver á

Génova; pero esto hubiera sido desconfiar de él, y ella era incapaz de hacerlo. Por otra parte, Gastón había tomado mucho cariño á la tierra de Valleroy, donde llevaba á cabo grandes obras y grandes plantaciones, y aquella decisión hubiera equivalido á privarle de una especie de distracción mecánica que siempre desean las mujeres para sus maridos y hasta para sus amantes.

En este estado las cosas, llegó al país una tal señorita de La Rodiere, de veintidós años de edad y con más de cuarenta mil francos de renta. Gastón encontraba á esta heredera en Manerville siempre que sus deberes le llevaban allí.

Conocidos ya estos personajes, la carta siguiente, escrita y remitida una mañana á Gastón, dará exacta cuenta del terrible problema que la señora de Beausseant trataba de resolver hacía ya un mes.

«Angel mío querido: Escribirte cuando vivimos juntos, cuando nada nos separa, cuando nuestras caricias nos sirven á veces de lenguaje y cuando nuestras palabras son también caricias, ¿no es un contrasentido? Pues bien, no, no, amor mío. Hay cosas que una mujer no puede decir en presencia de su amante, porque su sólo pensamiento le quita la voz, hace afluir toda su sangre al corazón y la deja sin fuerzas y sin ánimos. Estar de este modo á tu lado es para mí un sufrimiento, y, sin embargo, muchas veces lo estoy. Comprendo que mi corazón debe ser todo verdad para ti y no debe ocultarte ninguno de sus sentimientos, ni aun los más fugitivos, y, por otra parte, me agrada demasiado esa des- preocupación, que me sienta tan bien para permanecer más tiempo callada. Así es que voy á confarte mi angustia, sí, esta es la palabra. ¡Escúchame! y no empieces á decir ese *vaya, vaya*, con el que á veces me obligas á callar, con una impertinencia que me agrada, como me agrada todo lo que es tuyo. Querido esposo divino, déjame decirte que tú has borrado todo el recuerdo de los dolores bajo cuyo peso iba á sucumbir. Tú me has hecho conocer el amor, y ha sido preciso el candor de tu hermosa juventud y la pureza de tu gran alma para satisfacer las exigencias de un corazón de mujer exigente. Cielo mío, muchas veces he palpitado de alegría al pensar que durante estos nueve años no se despertaron en mí los celos. Yo gocé de todas las flores de tu alma y de todos tus pensamientos. No ha habido la más ligera nube

en nuestro cielo, no hemos sabido lo que era un sacrificio, hemos obedecido siempre á las inspiraciones de nuestros corazones. He gozado de una dicha sin límites para una mujer. ¿Podrá mostrarte mi agradecimiento las lágrimas que mojan esta página? Hubiera querido haberla escrito de rodillas. Ahora bien, esta felicidad me ha hecho conocer un suplicio mucho mayor aún que el abandono. Querido mío, el corazón de una mujer encierra abismos profundos: hasta hoy, he ignorado yo toda la extensión del mío, como ignoraba también toda la extensión del amor. Las miserias más grandes que puedan abrumarnos resultan aún fáciles de llevar, comparadas con la sola idea de la desgracia de aquel á quien amamos. Y ¿no sería preferible morir, á ser la causa de esta desgracia? Tal es el pensamiento que me oprime. Pero este pensamiento arrastra tras sí otro más terrible. Tú tienes treinta años y yo cuarenta. ¿Cuántos terrores no inspira á una mujer amante esta diferencia de edad? Tú has podido pensar, primero involuntariamente y después seriamente, los sacrificios que has hecho al renunciar á todo en el mundo por mí. Tú habrás pensado, sin duda, en tu destino social, en ese matrimonio que ha de aumentar necesariamente tu fortuna y permitirte entregarte á tu dicha, á tus hijos, transmitir tus bienes, reaparecer en el mundo y ocupar en él el honroso puesto que te corresponde. Pero habrás reprimido tus pensamientos y te habrás considerado feliz sacrificándome una heredera, una fortuna y un hermoso porvenir. Llevado de tu generosidad, habrás querido permanecer fiel á los juramentos que nos unen ante Dios. Mis dolores pasados se te habrán representado, y habré sido protegida por la desgracia de que me sacaste. ¡Deber tu amor á tu piedad! Este pensamiento es para mí más horrible aún que el temor de perjudicar tu vida. Los que saben asesinar á sus queridas son muy caritativos cuando las matan felices, inocentes, y en la gloria de sus ilusiones... Sí, la muerte es preferible á los dos pensamientos que entristecen secretamente mis horas hace algunos días. Ayer, cuando me preguntaste cariñosamente: «¿Qué tienes?» tu voz me hizo temblar. Creí que, como siempre, leías en mi corazón, y esperé tus confidencias. Entonces me acordé de algunas de las atenciones que acostumbras á tener conmigo, en las cuales creí ver esa especie de afectación por medio de la cual denotan los hombres una lealtad pensosa de sobrellevar. En aquel

momento, pagué bien cara mi dicha, y comprendí que la naturaleza nos vende siempre caros los tesoros del amor. En efecto, ¿no nos ha separado la suerte? Tú te habrás dicho: «Tarde ó temprano, tendré que separarme de la pobre Clara, ¿por qué, pues, no hacerlo á tiempo?» Esta frase estaba escrita en el fondo de tu mirada. Te dejé para ir á llorar lejos de ti. ¡Ocultarte mis lágrimas! Estas fueron las primeras que el pesar me hizo verter en diez años, y soy demasiado altiva para mostrártelas; pero no te acusé. Sí, tienes razón, yo no debo tener el egoísmo de querer sujetar tu vida brillante y larga á la mía, que no tardará en agotarse... Pero ¿y si me engañase?... ¿si yo hubiese tomado una de tus melancolías de amor por una meditación de la razón?... ¡Ah! ángel mío, no me dejes en la duda; castiga á tu celosa mujer, pero devuélvele la conciencia de su amor y del tuyo: toda la mujer está en ese sentimiento, que lo santifica todo. Desde la llegada de tu madre y desde que he visto en su casa á la señorita de La Rodiere, soy presa de dudas que nos deshonoran. Hazme sufrir, pero no me engañes; quiero saberlo todo, lo que tu madre te dice y lo que piensas. Si has dudado entre alguna cosa y yo, te devuelvo tu libertad... Te ocultaré mi destino, sabré no llorar delante de ti... ¡Oh! me detengo, porque mi corazón estalla.

»He permanecido mustia y atontada durante algunos instantes. Amigo mío, no podré guardarte rencor alguno, porque eres tan bueno, tan franco, que estoy segura de que no podrías ni herirme ni engañarme; pero dime la verdad, por cruel que sea. ¿Quieres que yo aliente tus deseos? Pues bien, si he de hablar con sinceridad, yo me consolaré con un pensamiento de mujer. ¿No habré poseído de ti al ser joven y púdico, todo gracia, todo belleza, todo delicadeza, á un Gastón que ninguna mujer podrá conocer ya y del que yo gocé deliciosamente?... No, tú no amarás ya como me has amado, como me amas; no, yo no tendré nunca un rival. Recordando nuestro amor, que es lo que constituye todo mi pensamiento, mis recuerdos carecerán de amargura. ¿No eres tú ya impotente para poder encantar en lo sucesivo á una mujer, con las caricias infantiles, con las gracias de un corazón joven, con esas coqueterías del alma y todo un adorable cortejo que acompaña al amor adolescente? ¡Ah! ahora eres un hombre, y obedecerás á tu destino calculándolo

todo. Tendrás cuidados, inquietudes, ambiciones y preocupaciones, que *la* privarán de esa inalterable y constante sonrisa que tus labios tenían siempre para mí. Tu voz, que para mí estuvo siempre cariñosa, será á veces emitida con triste acento. Tus ojos, iluminados sin cesar por celeste brillo al mirarme, se empañarán frecuentemente para *ella*. Además, como es imposible que nadie te ame como yo te amo, esa mujer no te agradará nunca tanto como yo te he agradado, y no tendrá tampoco ese cuidado perpetuo que yo tuve de mí misma, ni hará ese estudio continuo de tu dicha que yo no dejé de hacer nunca. Sí, el hombre, el corazón y el alma que yo conocí no existirán ya, los sepultaré en mi recuerdo para gozar aún de ellos y para vivir feliz con esa hermosa vida pasada, pero desconocida para todo lo que no es nosotros.

»Tesoro mío, si no hubieses concebido la más ligera idea de libertad; si mi amor no te pesa; si mis temores son quiméricos; si sigo siendo para ti tu Eva, la única mujer que hay en el mundo, una vez leída esta carta, ¡ven, acude! ¡Ah! ¡me parece que te amaré más en un instante de lo que te he amado en estos nueve años! Después de haber sufrido el suplicio de estas sospechas de que me acuso, cada día añadido á nuestro amor, sí, un solo día, será toda una vida de felicidad. Habla, pues, sé franco y no me engañes, porque cometerías un crimen. Dime, ¿deseas la libertad? ¿Has pensado alguna vez en tu vida de hombre? ¿Sientes alguna pena? ¡Yo causarte una pena! No, preferiría morir. Ya te lo he dicho: mi amor es bastante grande para preferir tu dicha á la mía y tu vida á la mía. Olvida, si puedes, el grato recuerdo de nuestros nueve años de dicha, para que no influyan en tu decisión; pero ¡habla! porque te estoy sumisa, como á Dios, único consuelo que me queda si tú me abandonas.»

Quando la señora de Beausseant supo que su carta había llegado á manos de Nueil, cayó en un abatimiento tan profundo y en una meditación tal, que se quedó como dormida. Sufrió indudablemente esos dolores cuya intensidad no es siempre proporcionada á los ojos de la mujer y que sólo ésta conoce. Mientras que la desgraciada marquesa esperaba la decisión de su suerte, el señor de Nueil se vela, mientras leía la carta, muy *apurado*, como acostumbran á

decir los jóvenes cuando se encuentran en esta clase de crisis. Casi había cedido á las instigaciones de su madre y á los atractivos de la señorita de La Rodiere, joven bastante insignificante, derecha como un pino, blanca y rosada, y casi muda, como acostumbran á serlo la mayor parte de las jóvenes casaderas; pero sus cuarenta mil francos de renta hablaban muy alto por ella. La señora de Nueil, llevada de su sincero cariño de madre, procuraba encaminar á su hijo por la senda de la virtud. Le hacía observar lo muy halagador que era para él el ser preferido por la señorita de La Rodiere, cuando tan ricos partidos le habían sido propuestos; que ya era tiempo de que pensase en su suerte; que jamás se le presentaría mejor ocasión; que tendría cuarenta mil francos de renta; que la fortuna lo consolaba todo; que si la senora de Beausseant le amaba, debía ser la primera en aconsejárselo; en una palabra, que aquella buena madre no olvidó ninguno de los medios de acción de que puede echar mano una mujer para influir sobre un hombre, y llegó á hacer vacilar á su hijo. La carta de la señora de Beausseant llegó en un momento en que el amor de Gastón luchaba contra todas las seducciones de una vida arreglada convenientemente y en conformidad con las ideas del mundo, y dicha carta decidió el combate. El barón de Nueil decidió abandonar á la marquesa y casarse.

—Es preciso ser hombre en la vida—se dijo.

Pero al pensar en los dolores que su resolución había de causar á su querida, dolores que agrandaban aún su vanidad de hombre y su conciencia de amante, sintió por ella una gran piedad, y creyó necesario y conveniente hacer los posibles para amortiguar su pena. Esperó poder llevar á la señora de Beausseant á un estado de calma y á que ella misma le ordenase aquel cruel matrimonio, acostumbrándola gradualmente á la idea de una separación necesaria, interponiendo siempre entre ellos á la señorita de La Rodiere como un fantasma, y haciéndole creer que la abandonaba por ella, á fin de que su querida acabase por imponerle aquella unión. Para salir airoso en su empresa, no echó ensaco roto la nobleza de la marquesa, su orgullo y las hermosas cualidades de su alma. Le respondió, pues, procurando amortiguar sus sospechas. Pero para una mujer que unía á la intuición del amor verdadero las percepciones más delicadas del espíritu femenino, aquella carta era una sentencia. Así es que, cuando

Jacobo entró y se acercó á la señora de Beausseant para entregarle un papel doblado triangularmente, la pobre mujer tembló como una golondrina aprisionada. Un frío atroz invadió su cuerpo cual si fuese un sudario de hielo. Si él no acudía á su lado, si no corría á ella llorando, pálido y enamorado, ¿qué había de esperar? Sin embargo, ¡encierrantas ilusiones el corazón de las mujeres que aman, y son necesarios tantos golpes para matar aquéllas!

—¿Necesita algo la señora?—preguntó Jacobo con cariñosa voz.

—No—le contestó.—¡Pobre hombre!—pensó enjugándose una lágrima.—Es un pobre criado, y me adivina.

Después leyó: *Amada mía: Te forjas quimeras...* Al leer estas palabras, un espeso velo cubrió los ojos de la marquesa. La voz secreta de su corazón le gritaba: «¡Mientel!» En seguida, abrazando con la mirada toda la primera página con aquella avidez lúcida que comunica la pasión, leyó en la última línea estas dos palabras: *Aun no hay nada decidido...* Volviendo la página con convulsiva vivacidad, comprendió perfectamente cuál era el espíritu que había dictado las frases de aquella carta en que no resplandecía ya el amor, y golpeándola, desgarrándola, arrugándola y mordiéndola, la arrojó al fuego y exclamó:

—¡Oh! ¡infame! ¡y me ha poseído cuando ya no me amaba!

Y medio muerta, fué á caer sobre un canapé.

El señor de Nueil salió después de haber escrito su carta. Cuando volvió encontró en el umbral de la puerta á Jacobo, el cual le entregó una carta, diciéndole:

—La señora marquesa no está ya en el palacio.

Gastón, asombrado, rompió el sobre y leyó:

«Señora: Si cesase de amar á usted aceptando las proposiciones que usted me hace de que sea un hombre ordinario, confiese usted que merecería mi suerte. No, no la obedeceré, y le juro que he de serle fiel hasta la muerte. ¡Oh! Tome usted por Dios mi vida, á menos que tema que pueda ser un remordimiento para la suya...»

Esta carta era la que Gastón había escrito á la marquesa en el momento en que ésta partía para Génova. Debajo, Clara de Borgña había añadido: *Caballero, es usted libre.*

El señor de Nueil se fué á Manerville á casa de su madre, y veinte días después se casó con la señorita Estefanía de La Rodiere.

Si esta historia vulgar terminase aquí, resultaría casi un engaño para el lector. ¿Qué hombre no tiene alguna más interesante que esta que contar? Pero la celebridad del desenlace, desgraciadamente verdadero; pero los recuerdos que puede hacer nacer en el corazón de aquellos que conocieron las celestes delicias de una pasión infinita y la rompieron ellos mismos ó la perdieron por alguna cruel fatalidad, pondrán, sin duda, este relato al abrigo de las críticas.

La señora marquesa de Beausseant no dejó su palacio de Valleroy á raíz de su separación con el señor de Nueil. Por una multitud de razones que es preciso dejar escondidas en el corazón de las mujeres, Clara continuó viviendo allí después del casamiento del señor Nueil. Vivió tan profundamente retirada, que sus criados (excepto su camarera y Jacobo) no la vieron. Exigía un silencio absoluto en su casa y no salía de su habitación más que para ir á la capilla de Valleroy, adonde un sacerdote iba á decir misa todas las mañanas.

Algunos días después de su matrimonio, el conde de Nueil cayó en una especie de apatía conyugal, que lo mismo podía hacer suponer la felicidad que la desgracia.

Su madre decía á todo el mundo:

—Mi hijo es completamente feliz.

La señora de Gastón de Nueil, como muchas jóvenes, era un tanto tierna, cariñosa y paciente, y al cabo de un mes de matrimonio quedó en cinta. El señor de Nueil se portaba muy bien con ella; únicamente que, dos meses después de haber dejado á la marquesa, se mostró extraordinariamente pensativo. Pero su madre decía que siempre había sido serio.

Siete meses después de esta tibia dicha, ocurrieron algunos acontecimientos, insignificantes en apariencia, pero que implican demasiadas turbaciones de alma, para que no sean relatados sencillamente y abandonados al capricho de las interpretaciones de cada uno. Un día en que el señor de Nueil había cazado en las tierras de Manerville y de Valleroy, volvió por el parque de la señora de Beausseant, mandó llamar á Jacobo, lo esperó, y cuando éste se presentó, le dijo:

—¿Sigue gustándole á la marquesa la caza?

Ante la respuesta afirmativa de Jacobo, Gastón ofreció á éste una suma bastante fuerte para que le hiciese el favor de servir á la marquesa el producto de su caza. A Jacobo le pareció poco importante el que su ama comiese una perdiz muerta por su guarda ó por el señor de Nueil, toda vez que éste deseaba que la marquesa no supiese el origen de la caza.

—Ha sido muerta en sus tierras—dijo el conde.

Jacobo se prestó durante varios días á aquel inocente engaño. El señor de Nueil salía por la mañana de caza y no volvía á su casa hasta la hora de comer, sin que nunca hubiese matado nada. Una semana entera se pasó de este modo. Por fin, Gastón se atrevió á escribir una larga carta á la marquesa y á remitírsela. Pero esta carta le fué devuelta sin haber sido abierta. Era casi de noche cuando el criado de la marquesa se la llevó. De pronto, el conde se precipitó fuera del salón, donde parecía escuchar un capricho de Herold, que su mujer degollaba en el piano, y corrió á casa de la marquesa con la rapidez de un hombre que vuela á una cita. Entró en el parque por una brecha que conocía; marchó lentamente á través de las calles de árboles, deteniéndose á cada instante para reprimir los sonoros latidos de su corazón; llegó al palacio, escuchó un momento, presumió que todos los criados estaban comiendo, y penetró hasta la habitación de la señora de Beausseant. La marquesa no salía nunca de su dormitorio, y el señor de Nueil pudo llegar hasta la puerta sin hacer el menor ruido. Allí, á la luz de dos bujías, vió á la marquesa, delgada y pálida, sentada en un gran sofá, con la cabeza inclinada, los brazos caídos y los ojos fijos en un objeto que parecía no ver. Era la imagen del dolor en su expresión más completa. Había en su actitud una vaga esperanza, pero no se sabía si Clara de Borgoña miraba hacia la tumba ó hacia el pasado. Acaso las lágrimas del señor de Nueil brillaron en las tinieblas; acaso su respiración produjo un ligero ruido; acaso se le escapó un estremecimiento involuntario, ó acaso su presencia era imposible sin el fenómeno de intususcepción cuyo hábito es á la vez la gloria, la dicha y la prueba del verdadero amor; pero es lo cierto que la señora de Beausseant volvió lentamente su cara hacia la puerta y vió á su antiguo amante. Entonces el señor de Nueil dió algunos pasos.

—Caballero, si avanza usted, me arrojé por ese balcón—exclamó la marquesa palideciendo.

Y encaminándose al balcón, lo abrió, y poniendo una mano en la barandilla y con la cabeza vuelta hacia Gastón, exclamó:

—¡Salga usted! ¡salga usted! ó me tiro.

Al oír este terrible grito y los pasos de los criados que se aproximaban, Gastón se escapó como un malhechor.

De vuelta en su casa, Gastón escribió una carta muy corta y encargó á su criado que la llevase á la señora de Beausseant, recomendándole que hiciese saber á la marquesa que se trataba de vida ó muerte para él. El mensajero partió, y el señor de Nueil entró en el salón y encontró en él á su mujer, que continuaba en el piano. Se sentó á esperar la respuesta. Una hora después, cuando su mujer se cansó del piano, los dos esposos se sentaron, uno enfrente de otro, silenciosos, á ambos lados de la chimenea. Cuando el criado volvió de Valleroy y entregó á su amo la carta que no había sido abierta, el señor de Nueil se trasladó á un gabinete contiguo al salón donde había dejado la escopeta de caza y se mató.

Este pronto y fatal desenlace, tan contrario á la manera de ser de la juventud francesa, es muy natural.

Los que hayan observado bien ó experimentado deliciosamente los fenómenos á que da lugar la unión perfecta de dos seres, comprenderán este suicidio. Una mujer no se amolda más que un día á los caprichos de una pasión. La voluptuosidad, como flor rara, exige los cuidados de una ingeniosa cultura; el tiempo y la armonía de las almas son los únicos que pueden revelar todos sus recursos y hacer nacer esos tiernos y delicados placeres acerca de los cuales tenemos mil supersticiones, creyéndolos inherentes á la persona cuyo corazón nos los prodiga. Este admirable concierto, esta creencia religiosa y la fecunda seguridad de experimentar una dicha al lado de la persona amada, son, en parte, el secreto de los lazos duraderos y de las largas pasiones. Al lado de una mujer que posee el genio de su sexo, el amor no es nunca un hábito: su adorable ternura, sobre revestirlo de formas tan variadas, es tan ocurrente al par que tan amante, pone tantos artificios en su naturaleza ó tanto natural en sus artificios, que se hace tan poderosa con el recuerdo como lo es con su presencia. Al lado de ella, todas las mujeres palidecen. Es preciso haber tenido el temor de perder un amor tan vasto, tan brillante, ó haberlo perdido, para conocer

todo su valor. Pero, si habiéndolo conocido, un hombre se ha privado de él para llevar á cabo un matrimonio prosaico y frío; si la mujer con quien ha esperado encontrar las mismas felicidades, le prueba que éstas no volverán á lucir ya para él; si siente aún en los labios el gusto de un amor celestial, y ha herido mortalmente á su esposa en provecho de una quimera social, entonces es preciso morir ó tener esa filosofía material, egoísta y fría que causa horror á las almas apasionadas.

Respecto á la señora de Beausseant, no creyó sin duda que la desesperación de su amigo llegase hasta el suicidio, después de haber alimentado su amor por espacio de nueve años. Sin duda creyó que sería sola en sufrir.

Por otra parte, estaba en su perfecto derecho al negarse al más vil reparto que existe, reparto que una esposa puede sufrir por elevadas razones sociales, pero por el que una querida debe sentir horror, ya que la única justificación que le queda de su amor estriba precisamente en su pureza.

Angulema, septiembre 1832.

LA GRANADERA

Á CAROLINA

Á LA POESÍA DEL VIAJE, EL VIAJERO AGRADECIDO

La Granadera es una pequeña residencia situada en la orilla derecha del Loire, á una milla próximamente más abajo del puente de Tours. En este lugar, el río, ancho como un lago, está salpicado de islas verdes y rodeado de rocas que sirven de cimientos á varias casas de campo construídas todas con piedra blanca y rodeadas de viñas y de huertos, donde maduran los frutos más hermosos del mundo. Pacientemente terraplenados por varias generaciones, los huecos de las rocas reflejan los rayos solares y permiten cultivar, á favor de una temperatura ficticia, las producciones de los climas más cálidos. En una de las anfractuosidades menos profundas que surcan esta colina, se levanta el puntiagudo campanario de Saint-Cyr, pequeña aldea de la que dependen todas aquellas casas desparramadas. Un poco más lejos, la Choisille penetra en el Loire formando un amplio valle. La Granadera, situada en la falda de la roca, á un centenar de pasos de la iglesia, es uno de esos antiguos edificios que cuentan dos ó trescientos años de antigüedad, y que se encuentran en Turena en todos los buenos puntos de vista. Un corte natural de la roca favoreció la construcción de una pequeña cuesta que llega hasta la